

Medir el progreso

Araceli Damián*

Es difícil hablar de progreso cuando es evidente que México está sumido en un retroceso estructural ante el cual los “brillantes” estrategas financieros sólo atinan a proponer gravar alimentos y medicinas a una tasa del dos por ciento bajo el argumento de que esto traerá los recursos siempre anhelados para sacar a los pobres de la barranca.

Apelar a un deber moral y ético como instrumento para sacar sangre de las piedras es francamente deplorable. El gobierno no tiene los instrumentos para que, una vez captado el impuesto lo devuelva a los pobres pero “copeteado”, como pregonan los secretarios de Economía y Desarrollo Social y como lo hizo Vicente Fox en su momento.

Como he señalado insistentemente el *Oportunidades* tiene tremendo errores de inclusión y exclusión. De acuerdo a la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH) 2008, de los 5.3 millones de hogares pobres llamados de capacidades (cuyo ingreso es menor a pesos en el medio urbano y en el medio rural), población objetivo del programa, sólo 2.0 de ellos reciben el beneficio (38% del total) dejando fuera a 3.3 millones de los que deberían recibirlo.

En contraste, 2.2 millones de los hogares que reciben el *Oportunidades* no son pobres de capacidades y, por tanto, no deberían recibir el beneficio. Nótese además que su número es mayor al de los hogares que además de estar incluidos cumplen con el perfil de beneficencia establecido por el gobierno federal.

En el presupuesto de egresos el ejecutivo propone aumentar la cobertura del programa, no obstante, dado que se seguirán los mismos criterios de selección de los hogares se cometerán los mismos errores y, por tanto, los errores de inclusión tenderán a ser mayores.

De igual forma, el programa *Oportunidades* ha demostrado ser muy ineficaz para permitir a los hogares salir de la pobreza. De esta forma, si no se recibieran el ingreso proveniente del programa el 21.3% de los hogares es pobre de capacidades y al recibir el beneficio el porcentaje se reduce a tan sólo 20.7 por ciento.

Cada día se conoce una mayor cantidad de información que corrobora el poco impacto que tiene el Oportunidades en la pobreza. En julio de este año participé en un Simposio organizado por la Universidad Autónoma de Nuevo León titulado “Promoviendo el Desarrollo Social y Reduciendo la Desigualdad: ¿Quién Debe ser Responsable?, en el que Patricio Solís (Profesor-Investigador de El Colegio de México) presentó una ponencia sobre los efectos del Oportunidades en los niveles educativos de los beneficiarios “graduados del programa”.

por su participación como conferencista en el “16º. Simposio ICSD, Promoviendo el Desarrollo Social y Reduciendo la Desigualdad: ¿Quién Debe Ser Responsable?”, llevado a cabo los días 27 al 31 de julio del presente.

generalmente se asocia con el bienestar de la población, sin embargo, es difícil hablar de progreso cuando aun en las sociedades que se conoce como desarrolladas existen enormes contingentes de población que viven en un estado de malestar.

El concepto de progreso fue desarrollado en el siglo XIX y como plante Bertrand Russell mide “cosas sin importancia, como el número de motores, el de cacahuates consumidos, etc., mientras que deja fuera las cosas verdaderamente importantes, ya que no se pueden medir y, por tanto, no son susceptibles a métodos que eleven su productividad.”

Por otro lado, el bienestar se asocia con el concepto de utilidad o con la posesión de bienes, pero la utilidad no tiene una definición precisa, sino que se relaciona con condiciones o estados de la mente, con las sensaciones de felicidad, placer o con la realización de deseos. Al no poder medir directamente la utilidad, los economistas tradicionales suponen que el ingreso es la variable que mejor representa la utilidad. Cuando el bienestar se asocia con la posesión de bienes se asume que se eleva al incrementar el número de éstos. Sin embargo, como sostiene Gottlieb mientras que la productividad per cápita en el

mundo desarrollado se infló en los últimos cincuenta años del siglo XX, la felicidad parece haber declinado.

No podemos hablar de progreso cuando aun tomando como parámetro las miserables líneas de pobreza del Banco Mundial tenemos que en 2005, 2 mil 500 millones de personas en los países subdesarrollados vivían con un ingreso menor a dos dólares con cincuenta centavos al día. Lo anterior sin considerar a los pobres moderados de esos países y a todos los que viven en el mundo desarrollado, que si bien tienen un ingreso superior a esa cifra es insuficiente para llevar una vida digna.

Para lograr el progreso no se requiere elevar el producto, sino mejorar la **distribución tanto del ingreso, como de los satisfactores básicos (educación, acceso a los servicios de salud, etc.), de la renta por la explotación de la tierra y los recursos naturales y del tiempo disponible para realizar actividades valiosas.** Sin embargo, los gobiernos y los organismos internacionales hacen muy poco por modificar las variables que determinan la distribución de estos satisfactores.

Una mejor distribución de los recursos es posible si consideramos que el desarrollo tecnológico actual podría liberar al ser humano del trabajo alienante y extenuante. A pesar de este logro de la humanidad, millones de personas siguen teniendo trabajos, desgastante, humillantes, rutinarios y padecen largas jornadas laborales. Si logramos **liberar al ser humano del yugo de la necesidad, liberándolo del trabajo como condición para la sobrevivencia,** se abriría la posibilidad de que efectivamente se experimente un verdadero progreso humano en el que mujeres y hombres, niñas y niños, puedan llevar una vida digna, sin miedo; que les permita desarrollar toda su creatividad.

Actualmente en nuestra sociedad la fuerza de trabajo se agota o se aburre en sus empleos y gasta la mayor parte de su vida, sus años más valiosos, en actividades poco gratificantes. Su tiempo libre, cuando lo tienen, lo gastan en actividades alienantes, como mirar la televisión o los aparadores. En contraste, los grupos sociales con ingresos altos gastan la mayor parte de su tiempo en el consumo suntuario e innecesario, mientras que las clases medias intentan emularlos mediante un consumo barato, de mala calidad.

Linder (1970), uno de los pocos economistas tradicionales que ha tenido interés en cuestionar la idea de que progreso significa abundancia, nos explica

que los economistas tradicionales siempre supusieron que la utilidad se obtenía al momento mismo en que la oferta se cruza con la demanda de bienes, es decir, al momento de la compra y que el consumo es instantáneo. Sin embargo, para que la utilidad (definida como el bienestar material y espiritual, según el autor) se pueda alcanzar se requiere de un tiempo para consumir el bien adquirido. Al incrementarse el número de bienes comprados, se incrementa también el tiempo requerido para consumirlos, pero la limitada disponibilidad de tiempo (24 horas al día y no más aunque uno sea rico) significa que la opulencia resultante es parcial y no total y toma la forma sólo de acceso a bienes. La opulencia total, para Linder, es una falacia lógica. A pesar de que acepta el concepto de utilidad, Linder trata de poner en perspectiva las consecuencias humanas (incluyendo el deterioro ecológico) de tratar de incrementarla al infinitum.

Como otros autores se lamenta de que a pesar de haberse supuesto que la eliminación de las preocupaciones materiales permitiría el desarrollo cultural, en la práctica ni siquiera los individuos que han alcanzado la mayor opulencia económica han mostrado una propensión a dedicarse al ocio propiamente dicho, es decir, en su sentido clásico griego: al cultivo de la mente, del espíritu, la música y el filosofar, como base del desarrollo de la cultura.

Linder plantea que cuando el tiempo se incluye en los modelos económicos se llega a la conclusión de que los aumentos en el ingreso tienen una utilidad marginal decreciente, no porque se agote el deseo de consumir, como suponen los economistas tradicionales, sino porque se incrementa la escasez de tiempo para poder efectuar el consumo. Este supuesto llevaría a la conclusión de que existe un nivel máximo de consumo y que, por tanto, la idea de continuar con un crecimiento material constante a cualquier costo podría ser replanteada, lo que los economistas tradicionales se niegan a hacer.

Podemos asegurar entonces que no es el nivel de ingreso o el número de bienes los que determinan el progreso y el bienestar, sino la posibilidad de que los individuos puedan desarrollar una actividad valiosa, cuyo fin último no sea el consumo mismo *per se*, sino la posibilidad de desplegar todo su potencial humano, lo que Bauman llama la ética del buen trabajo o Julio Boltvinik el florecimiento humano.

Si el tiempo para el ocio forma parte de los elementos constitutivos del buen vivir, entonces **mediante el uso racional de la técnica se puede reducir el tiempo dedicado al trabajo obligado**, es decir, al destinado a asegurar la reproducción social y material. Pero también se requiere que el hombre se liberara del hambre. El que está bajo el yugo del hambre o de la necesidad tiene que obedecer al que le proporciona empleo o seguridad. Para eliminar este estado de cosas, además de la reducción de la jornada laboral se requiere otorgar un **ingreso ciudadano garantizado** a todos los individuos de la sociedad. Este ingreso permitiría no depender de un empleo para la sobrevivencia, potencializando así las capacidades del ser humano, al permitirle elegir entre los empleos que fuesen más satisfactorios.

El derecho al ingreso y no al trabajo asume dos realidades. La primera es que, debido a que en el sistema actual de producción cada día existe un número relativamente menor de puestos de trabajo, es difícil garantizar el empleo para todos. La segunda, es que se reconoce que todos somos ciudadanos del mundo y que nos corresponde como tales una renta por el uso de los recursos de la madre tierra.

